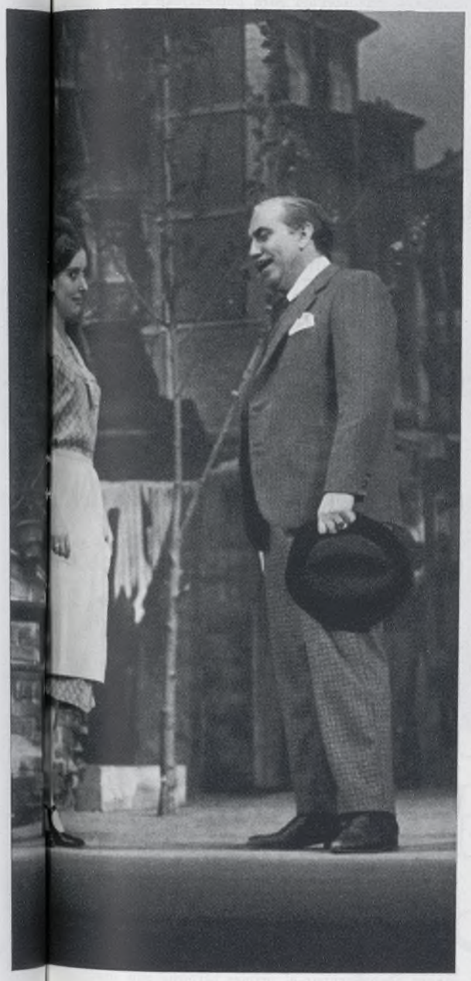
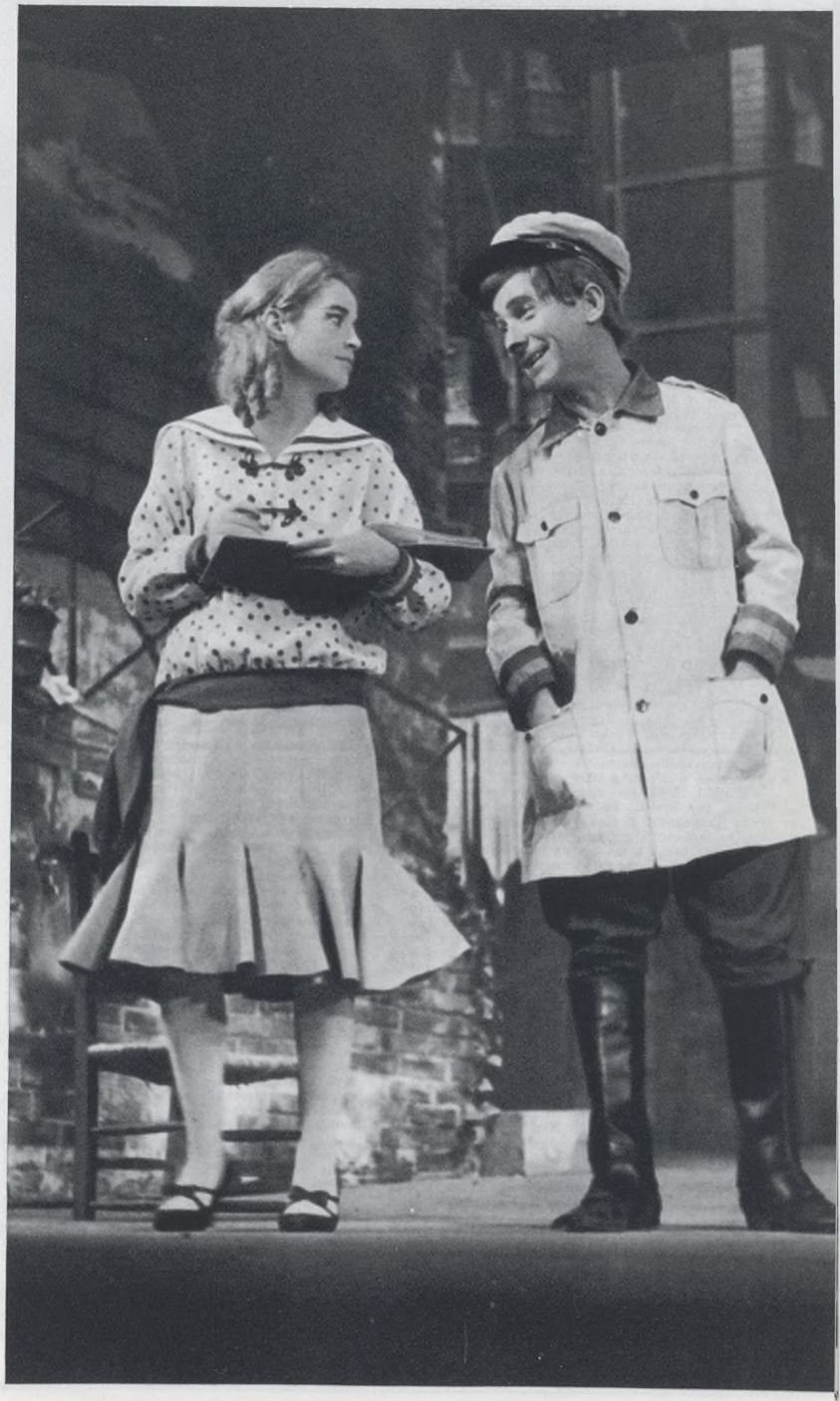
ARNICHES: 100 AÑOS

Por FRANCISCO UMBRAL

ARNICHES:
100 AÑOS

madrid conmemora al inventor del madrileñismo





Un cartel de la época de Arniches ha servido para anunciar la reposición de «El señor Adrián el primo». Sobre estas líneas, Elisa Ramírez y Angel Ferrandis en un diálogo de la obra. A la derecha, dos personajes típicos del costumbrismo arnichesco.

ARNICHES: 100 AÑOS

DEL teatro María Guerrero ha partido la primera iniciativa. Como homenaje a Carlos Arniches en el centenario de su nacimiento, este teatro nacional ha montado una brillante reposición de «El señor Adrián el primo o ¡Qué malo es ser bueno!», una de las más hondas y representativas comedias—«comedia dramática» la llamó él—de don Carlos Arniches. A lo largo de 1966 otras manifestaciones teatrales y literarias van a evocar, sin duda, al inolvidable sainetero. Madrid conmemora al inventor del madrileñismo.

Lo castizo

Inventor del madrileñismo, sí. Porque si bien, en una historia sumaria de la capital de España, podríamos decir que Felipe II y Carlos III pusieron la ciudad, es evidente que Arniches puso la gente, puso a los madrileños. Madrid, capital de un Imperio en los siglos XVI y XVII, está en las letrillas de Quevedo y de Góngora, en el teatro de Lope, como nudo intrincado de glorias y picarescas, de milagros de corte, intrigas de palacio, política nacional e incluso mundial, secretos de convento y laberintos de amor. Hay en «El diablo cojuelo», de Vélez de Guevara, un hermoso pasaje—el de la sevillana ignorante a quien le es dado ver la calle Mayor madrileña a través de un espejo—por donde desfila todo el esplendor de la Corte y toda la cohorte polvorienta de la villa.

Pues bien, es con el Romanticismo y sus costumbristas cuando empieza a perfilarse «lo castizo» como esencia popular de madrileñismo. Simultáneamente, Madrid empieza a parecerse o querer parecerse a París. Los grandes banqueros románticos—el Romanticismo iba a dar los primeros y más importantes banqueros, contra lo que tópicamente pueda creerse de aquella época—crean barrios como el de Salamanca y la Castellana, o el reurbanizado paseo del Prado, que tienen un inequívoco aire parisiense de ciudad europea. Pero Madrid se salva del servilismo de estas imitaciones gracias a dos resortes propios, autóctonos: el aristocratismo por arriba y lo castizo por abajo. Hay ya mucho Velázquez, mucho Quevedo, mucho Lope, mucho Felipe II, a la espalda de la ciudad, en su historia mejor. Madrid no podrá ya—ni tiene por qué—parecerse a ninguna otra ciudad.

Madrid tiene un cielo propio con el que limita por arriba. Es el cielo que le ha pintado Velázquez. Y tiene un fondo propio, revuelto, españolísimo, que es el hondón de las plazas de toros o las plazas populares en fiestas, romería, carnaval o verbena; el que le ha pintado Goya. No; Madrid no ha de imitar a nadie. Incluso puede hacerlo sin miedo a perder su personalidad, su perfil conseguido inopinadamente. Don Ramón de la Cruz fue el primero en advertir esto, quizá, entre los escritores. Los románticos insistirán en el hallazgo. Ventura de la Vega, Bretón de los Herreros, Mesonero Romanos, periodistas, músicos y escritores se encuentran, de pronto, inmersos en el alcaloide de «lo madrileño». ¿Quién ha inventado lo madrileño, lo castizo? Nadie y todos. En cualquier caso, Madrid ya está hecho. Lo importante es el hallazgo. La ciudad tiene ya una psicología y un folklore, un costumbrismo, una iconografía y hasta una leyenda.

Madrid es algo sustancialmente distinto de París, Londres, Roma o Berlín. Ha acuñado sus tópicos y en ellos sobrevive. No hay que decir que es Mariano José de Larra, príncipe de ese Romanticismo español, quien más afina perfiles a lo madrileño. Lo de Larra no es ya costumbrismo plácido, sino profunda crítica—y profundo amor—respecto de la ciudad y su ser. Pero si en Larra está la metafísica de lo madrileño—como luego estará su lírica en Ramón Gómez de la Serna—, todo lo demás, todo lo que no es metafísica, sino aire de la calle, hábito del pueblo, gracia del lenguaje, pena y alegría de la vida más cierta, vamos a encontrarlo en un comediógrafo posterior que, por cierto, no es madrileño.

Arniches

«No soy madrileño. Nací en una vieja y amada ciudad levantina, pero en esta villa he vivido mi juventud, mis horas de lucha y alegría, y ella es, por lo tanto, mi pueblo de adopción. Sea, pues, para Madrid, mi saludo más efusivo, ardoroso y cordial.» Estas palabras de don Carlos Arniches son algo así como el certificado de su madrileñidad voluntaria. Como Galdós y tantos otros, Arniches encuentra en Madrid su razón de ser, aun habiendo nacido muy lejos de la capital. Pero veamos cómo han sido entendidos Arniches y lo arnichesco—su gran teatro de tipos madrileños—por los escritores más prestigiosos del siglo.

Dice Azorín: «La obra de Arniches es varia y extensa; del mismo modo que el autor ha observado en sus comienzos la vida popular, ha observado luego la vida de la clase media. Si es costumbrista Arniches, lo es de toda una gran zona de la vida española: la del pueblo y la mesocracia. Y en el estudio de estas clases pone Arniches sus condiciones de comediógrafo: sentido profundo del teatro, arte consumado de componer, sentido también de lo cómico, maestría en la preparación de las situaciones, don verbal prodigioso. Su teatro será representado siempre con agrado de los públicos, y el historiador de las costumbres lo consultará siempre provechosamente, como se consulta el teatro de don Ramón de la Cruz. ¡Bello teatro; un teatro, el de Cruz y el de Arniches, sin pedantería y sin énfasis declamatorio!»

El recientemente desaparecido crítico Melchor Fernández Almagro anota sutilmente: «Alguna vez habrá que estudiar por lo menudo la chistología—admítase en serio el "voquible"—de don Carlos Arniches. Pues bien: entonces podrá verse que en el mundo inmenso de sus ocurrencias verbales hay algo que se parece a la greguería ramoniana, sin serlo, naturalmente. Algo que, imprevistamente, establece el contacto entre estas versiones cómicas del alma popular y encumbradas corrientes de la moderna gracia intelectualista.»

Un autor actual, Víctor Ruiz Iriarte, ha visto así este teatro: «Arniches era el contraluz, el contraste, el juego limpio y difícil entre la alegría y la pena, entre la risa y la lágrima: era la Tragicomedia, nada más y nada menos. De Arniches se recuerdan sus donaires, sus piropos castizos, sus madrileñitas limpias, castas y risueñas; sus pícaros, sus vagabundos, sus comadres redichas y salerosas, sus ambientes, su Madrid "inventao" o real, que eso poco importa. Pero, sobre todo y ante todo, ahí están sus pobres hombres—y sus pobres mujeres, como la inolvidable señorita de Trévelez—, sus admirables, queridos y tiernos pobres hombres, sus desventuradas criaturas zambullidas en la circunstancia grotesca que sólo se resuelve con el clamor de una carcajada. Ante esta situación el espectador se ve obligado a renunciar a sus propios recursos mentales y ríe y llora por instinto tal y como el autor—un fantástico taumaturgo de los pensamientos—se propone. Arniches, en definitiva, era el poeta del antihéroe, del héroe a la fuerza, de los infelices que se ven burlados por la fortuna, por la vida o por el amor. Y lo más hermoso es que cuando nos invita a reírnos con la aventura de estos seres tragicómicos—milagrosamente, por cierto, llenos de esperanza—jamás lo hace con crueldad, sino con toda la ternura de que es capaz, con un amor jovial y entrañable. Por eso el teatro de Arniches está inundado de sombras y de claridad, de ilusión y de desencanto. Lo mejor es, como en la misma tragicomedia, su paradoja. Y así resulta melancólico, elegantemente pesimista en el fondo, y popular, jocoso y deslumbrante en la superficie. Es un teatro que pudo haber provocado—y por desgracia no fue así—las más bellas películas de René Clair. Pero ¿qué nos importa más: el Arniches que está dentro, en la esencia, o el Arniches irresistible e implacable del exterior; ese Arniches radiante y luminoso que, por curiosa circunstancia, nació, como Eduardo de Filippo y Marcel Pagnol, en una orilla del Mediterráneo...?»

José Luis Alonso, director del teatro María Guerrero, ha escogido para homenajear a Arniches «El señor Adrián el primo», por hallarse esta comedia en la zona más característica de su teatro: las comedias «madrileñas». Situaciones, dichos y tipos del más puro Arniches la atraviesan a lo largo y a lo ancho.

El doctor Marañón definió al gran sainetero como «uno de los espíritus más finos y de las almas más nobles de nuestra patria». En el mundo del teatro español se recuerdan las lecturas de Arniches a las compañías, lecturas magistrales, llenas de vida y sabiduría teatral. Tenía la costumbre de entregar a las compañías los primeros actos solamente. Y luego, viendo cómo hacían los actores cada personaje, alargaba o acortaba el papel de cada uno. Es decir, hacía un teatro vivo, siguiendo a sus personajes en escena. Escribía con lápices muy afilados y con letra muy menuda. No hacía correcciones, sino que prefería empezar de nuevo toda una página, cuando esto era necesario. Trabajaba por las mañanas, en un butacón, ante una mesa portátil. Los actores le respetaban y estimaban como a un patriarca del teatro. Durante los estrenos se escondía en el último cuarto del teatro, de donde era preciso sacarle a la fuerza para saludar al público. «Conviene repetir al pueblo que hay que ser bueno—era su lema—, siempre bueno, a todo trance. Es preciso tener la feliz obsesión de la bondad.» Un periódico de la época le describe como «alto, delgado y pulcro», con pequeño bigote, rostro sonrosado y algo de inglés en todo su porte. Era muy locuaz y expresivo. Confesaba su poca facilidad para escribir. Toda esa naturalidad que refresca sus comedias no es sino el producto de un firme trabajo. Definía así su gran don, el de lo cómico: «Lo cómico es naturalidad ante todo, es una vena suave y fluida.»

Otro gran crítico español, Ramón Pérez de Ayala, resumió así su visión de Arniches: «No conozco bastante al pueblo bajo madrileño para dictar veredicto sobre su parecido o desemejanza con las obras de Arniches. Precisamente ese mal llamado inventar y falsificar es lo que, en términos del arte, se denomina crear.»

Lo arnichesco, hoy

Hoy vemos muy claramente que el costumbrismo romántico y finisecular no era sino una primera y tímida forma de literatura social. Con el costumbrismo, el pueblo empieza por primera vez a tener papel de protagonista en el arte, y no mero papel de coro, que es el que había representado desde Grecia. Bien entendido que la mayoría de los costumbristas se quedaron en eso, en un traer al pueblo a primer plano de sus cuadros o sus escritos. Y ya es bastante. Más tarde, ese pueblo, que había servido de fondo armónico o contrapunto cómico en la literatura clásica, y que ahora osaba ocupar el primer término con sus gracias y desgracias, llegaría a erigirse en protagonista único, a plantear sus problemas a vida o muerte. Si alguien de entre los costumbristas acierta a entrever esa exigencia del pueblo es, precisamente, don Carlos Arniches. Esto le ha valido ser considerado por nuestros autores y críticos más en vanguardia como un precursor de «lo social». En algunas comedias arnichescas el problema social—tan de nuestro tiempo—está ya claramente planteado y anticipado, siempre con un alrededor de risa y un trasfondo de bondad, que son las constantes del gran autor.

Lo arnichesco, hoy, tiene, pues, aparte su valor documental y entrañable referido a una época—la finisecular—y una esencia—lo madrileño—, un sentido muy actual de teatro imbricado en la vida y la problemática del pueblo, nacido de él y para él. Esta es la vigencia del gran escritor madrileñista en 1966, a los cien años de su nacimiento.

F. U.

(Reportaje gráfico de Basabe.)